

# Viaje en el Winnipeg de la Familia Bru

Roser Bru.  
Artista, estudió pintura con el maestro Pablo Burchard en el Bellas Artes de la Universidad de Chile, y grabado en el Taller 99. Tiene obras de arte repartidas por toda América.

El padre: Luis Bru, 45 años, diputado al parlamento catalán por el partido de Izquierda Republicana, "Ezquerria". La madre: Josefa Llop, 39 años, dueña de casa. Las hijas: Montserrat, 18 años, y Roser, 16 años, estudiantes.

Le pregunto a mi madre qué pensaba del futuro de nuestras vidas, y contesta: "Queríamos ir a un país donde se pudiera trabajar. En Francia no había cómo, y la Segunda Guerra Mundial amenazaba."

decían "hay terremotos", otros "no llueve mucho", y hubo una francesa que aseguró "Ils sont tous des noirs".

Y así fue que llegamos a Valparaíso en septiembre del 39, el mismo día que se declaraba la Segunda Guerra Mundial.

Mi padre debió de sentir un gran dolor al separarse —con los mares entremedio— del destino de Cataluña. Estas fueron sus circunstancias, su razón de vida. El murió en Santiago, en el año 45, en plenitud. Una muerte que nos marcó todavía más.

Yo tenía 13 años cuando empezó la Guerra Civil. En retrospectiva, me veo de una gran inocencia, pero con la sensación de inevitables cambios, de angustias; pero sin la gran carga de responsabilidad que tuvieron que asumir —junto con todo un pueblo— mis padres: empezar de nuevo.

Aquí, llegados que fuimos, recibimos un cálido apoyo general.

Desde el mar, vimos amanecer sobre Valparaíso.

Después, cuando bajamos a tierra, nos vacunaron a todos y un tren nos llevó a Santiago. La gente se daba vuelta a mirarlo y era que llevaba una gran imagen del Presidente Pedro Aguirre Cerda. Muchos chilenos partidarios de la República Española nos esperaban en el puerto. Todavía, ahora, encuentro alguno que me dice, "¡Yo estaba allí!"

En el *Winnipeg* viajaban 2.000 personas. Hasta lo más hondo del barco se habían adecuado camarotes de madera para mujeres y para hombres. El incesante golpear del agua nos acu-



La joven madre, con su hijita en cota en los campos de concentración de Francia, sonríe al pensar "País amigo".  
"¿Holes?", le preguntamos.  
"Admirable, admirable, un sínceto orgulloso de Chile, más que nunca orgullosos de"

Ante la intuitiva insistencia de la madre, mi padre tuvo que decidirse a partir a América. Los gobiernos de México y Chile nos acogían y supimos del barco *Winnipeg*, que iría a Chile bajo la gestión de Neruda.

En Francia estábamos en la más grande ignorancia de lo que era Chile. Unos

naba. Muchos trataban de dormir en cubierta, donde cada grupo se tomó los *posibles espacios*. Las personas se fueron agrupando por afinidades, idiomas, edades o bien por amistades que venían de antes. Los de los campos de concentración del sur de Francia, por ejemplo. Las hermanas Bru, como estudiantes, estábamos en un lugar que agrupaba a los niños. Estaba también allí Diana Pey, una joven pianista; y una niña de 12 años que después sería actriz de teatro de la Universidad Católica, Montserrat Julió. Otro chico era José Balmes, que formaba parte del grupo de catalanes que nos conocíamos de antes.

Llegamos a la Estación Mapocho, caminamos hasta Huérfanos, donde estaba el centro catalán. Me acuerdo de la reja y los jardines del Congreso. Allí nos recibieron con una comida típica, muy solidaria.

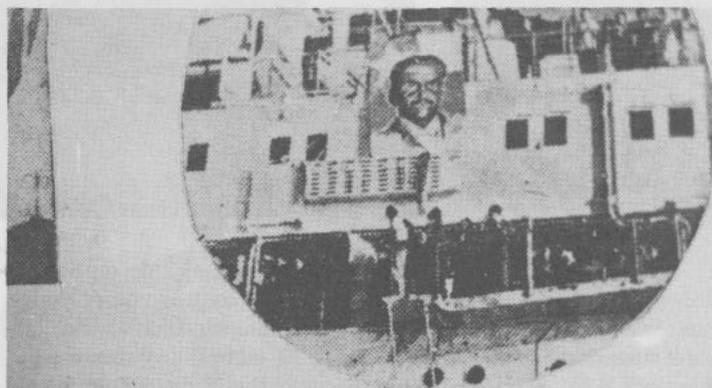
En aquella época del 39 todo sucedía en el centro de Santiago. Allí nos juntábamos todos. En ciertas esquinas habían unos señores que murmuraban algo y, finalmente, descubrimos que era un discreto “ropita usada compro”. Más tarde a mi madre le cambiaron una planta florecida, y después descubrimos que la flor estaba puesta con un alfiler. Vivíamos en una casita nueva del barrio de Avenida Matta, previo estar 15 días en una pensión de la calle Moneda con San Antonio. Yo trabajaba en publicidad por las mañanas, y en las tardes iba a Bellas Artes a estudiar como alumna libre acuarela y croquis. Todos allí fueron maravillosos.

Mi hermana trabajaba en el Automóvil Club, mientras mi madre, junto con la de Balmes y otras amigas, se dedicaron a coser. Para mi padre fue más difícil. Trabajó en un cargo de confianza de los Establecimientos Oriente. Fue allí que empezó su tuberculosis. No pudo ser feliz. El fue el gran trasplantado, el más refugiado, el más exiliado. Perdió las razones de vida que le motivaron siempre. Murió el mismo año que descubrieron la estreptomicina, pero ya demasiado tarde para él.

Recuerdo que cuando embarcamos, corrió la voz de que los organizadores y Neruda preferían que los que iban a Chile fueran personas de oficio. Neruda admiraba a los albañiles, a los que sabían sacar la pesca del mar, a todos los que trabajaban *con sus manos*. Para los profesionales fue más difícil la integración, porque debieron revalidar sus títulos. Había médicos; ingenieros como los hermanos Pey que construyeron el puerto de Arica. Estudiantes de filosofía como José Ricardo Morales, historiadores como Leopoldo Castedo y Elvira Magaña. Biólogos, farmacéuticos, profesores que estable-

gar al país. Algunos estaban representados en magníficas caricaturas en las paredes. Había una de Rodríguez-Arias, el que hizo el Café y que según Neruda era “el hombre feliz”. Mina Yáñez. Le impacientaba detrás del mesón al alargarse las tertulias nocturnas. El vasco Verasaluce era el experto en la cocina y Pablo Lafuente sonreía sacando cuentas.

Este es sólo un aspecto de algunos refugiados visibles. Varios se fueron al Norte, otros al Sur. El régimen de Franco se alargó tanto, 40 años, que ya muchos no regresamos. La vida se fue haciendo con nacimientos y muer-



o de las primeras nos vamos a buscarlo puer- mos podido hablarle  
 la afuera Cuando llega- hizo no poder dormir  
 y est

cieron escuelas. Después llegaron escritores, arquitectos; como Germán Rodríguez Arias, personas como Arturo y Conchita Soria llenos de imaginación que hicieron las primeras ediciones de “Cruz del Sur” y el Archivo de la Palabra, que editó con la voz de Neruda, el primer disco de Machu Picchu. Estaba el gran conocedor de gráfica Mauricio Amster y su mujer Adina. Por esos años Margarita Xirgú estrenó las primeras obras de Federico García Lorca. Santiago Ontañón, era escenógrafo. Antonio Romera hacía caricaturas y crítica de arte. Y varios de ellos crearon el Café Miraflores, que fue lugar de encuentro de la cultura del país. Acario Cotapos, el músico, jugaba ajedrez. María Tupper y sus hijas. Lily Garafulic, Inés Puyó. Los jóvenes que crearon el Teatro Experimental. Godofredo Iommi, que acababa de lle-

tes. Los primeros en retornar —y que fueron “mal vistos”— fueron varios escritores catalanes, que no podían editar en su idioma y quedaban desarraigados. Otro fue Arturo Soria con su discrepancia. Fue un combatiente verbal muy eficaz todavía en época de Franco.

Así, unos construyeron chimeneas curvas —en la casa de Avenida Linch de Pablo Neruda—, otros organizaron la pesca de camarones, otros hicieron industrias, puentes, ediciones y algunos fuimos pintores. Cada uno se las arregló con estas dos tierras de las que estamos hechos. Pero aprendimos a pertenecer. Fue un “descubrimiento” de América al revés y sin vencedores. Pura generosidad.